

La Résidence de nieve y hielo

Por Roberto Rueda Monreal

Traductor literario y escritor mexicano

Ahora que lo veo, que lo pienso, mi relación literaria con Quebec y con Hélène Rioux, desde el comienzo, ha rozado con lo irracional, con lo inexplicable, con las pequeñas cosas de la vida que, al final, esencia y alma, nos engrandecen.

Desde hace más de una década, aproximadamente, desde la primera vez que escuché a Rioux en una charla en Ciudad de México, la Gran Tenochtitlán, así, sin saber bien a bien por qué, surgió de golpe un destello enceguedor que me indicó, revelador, que estaba ante una autora cuya propuesta y mundo literarios se asemejaban, de manera sorprendente, por mucho, a los míos. Hilar una novela sobre la vida de un asesino serial cuyas víctimas eran ingenuas jovencitas enamoradas del amor, sobre una autobiografía cuya traducción sería realizada por una traductora especializada en novelas rosas era una invitación a rozar la oscuridad, la crueldad, la maldad, todo, de la mano de un ser hecho de ingenuidad pura, de pura luz, pero atormentado hasta la desesperación. La traductora literaria que quería acercarse a lo abominable. ¿Para qué? Para entender.

¡Tremendo oxímoron para enfrentar el complejo universo de la traducción!

De tiempo atrás, yo había tenido acercamientos con la literatura francocanadiense y ya había sido picado por la curiosidad con la que ese canon jugaba con la lengua francesa, por su peculiar manera de abordar temas y realidades, unas ganas de querer volver a experimentar el escalofrío que provocaba esa forma, esa alma, ese peculiar francés, esa fresca exacerbada que a veces quemaba un poco las entrañas, las yemas de los dedos, algo semejante a esa sensación que produce la nieve, la escarcha, el hielo.

Intuí, pues, que Rioux era una gota inmensa cual ejemplo de la literatura francófona de Norteamérica y que la vida me había puesto ante una oportunidad única que no podía dejar pasar. Comenzó una lucha, un peregrinar, un ir y venir tocando puertas de casas editoras mexicanas que, sencillamente, no querían publicar nada tan raro ni tan ajeno como eso que les sonaba a algo proveniente de Francia, pero sin ser Francia. La propuesta de una traducción literaria de un libro como aquel y, encima, de una escritora-traductora *quebeçoise* parecía, francamente, una destinada al fracaso.

Luego de algunos años así, no voy a decir que no estuve tentado a aventar la toalla. Y es que, por más que renovaba mis fuerzas, por más que perfeccionaba mi proyecto de traducción literaria, sencillamente no se abrían las puertas, no había nada que indicara algo de luz. No obstante, nuevamente fue así que, sin más, y siendo un total ignorante del mundo de los apoyos institucionales, di con una convocatoria que buscaba un perfil en el que yo encajaba.

A partir de la aceptación del proyecto, comencé a tener coincidencias luminosas que cambiaron el panorama. Omito muchos detalles, muchos, tan sólo diré que Felipe Garrido, referencia literaria en México, en su paso como editor en jefe de la editorial JUS, tuvo a bien recibir al desconocido autor traductor que era yo en aquel entonces para charlar sobre mi propuesta y sobre *Traductora de sentimientos*, mi traducción literaria.

Siendo Garrido traductor también, supo ver la experticia, el amor y la pasión que yo guardaba por la apuesta, una que iba más allá del momento, del instante. Entendió que aquel primer libro podría ser la punta de lanza de otros, de tal suerte que JUS bien podría apostar por toda una colección (algo que me volvió loco de contento, pero que no pudo ser), una cuyo parteaguas sería Rioux. Le supe transmitir a Garrido, pues, aquel primigenio destello.

Como se ve, fueron varios viajes que logré concretar para traer a Rioux a México. A Ciudad de México, de la mano de JUS y a Guadalajara (Feria Internacional del Libro), en un par de ocasiones, primero de la mano de Publicaciones UNAM (Javier Martínez) y después con el apoyo de la Delegación General de Quebec en México. Así que, no fue nada raro que yo quisiera, en su momento, viajar a la tierra de mi autora. Hubo varios intentos, hasta que en 2022 concursé por una residencia de traducción literaria para traductores que trabajan con obra de autores de Quebec.

La Association des traducteurs et traductrices littéraires du Canada y *La Maison de la littérature de Québec* lanzaban la convocatoria, en cuyo marco fui aceptado. Luego de episodios de harto nerviosismo (tanto por las temperaturas que me esperaban como por lo despistado que soy), arribar a *La Maison de la littérature* (al edificio histórico del *Institut Canadien du Québec*) fue como estarme graduando en algo verdaderamente importante. La posibilidad de trabajar dos semanas en casi completa soledad y en compañía de mi autora, al mismo tiempo, fue un paseo por lo surrealista, pues todo el tiempo desde un amplio departamento pude mirar la nieve caer, un par de tempestades dejarse venir y, a veces, pude justo en medio de aquella Quebec-Refrigerador estar, por sus calles pasear.

Fue muy curioso descubrir que, si salía a caminar (antes de las cinco de la tarde, pues a dicha hora todo se oscurece) tenía que voltear casi todo el tiempo hacia abajo, pues llega un punto en que la nieve se convierte en hielo y la grata experiencia puede convertirse en algo de cuidado, peligroso. Así, pues, de pronto los conceptos nieve, frío, viento, lluvia, temperatura, tormenta, aguanieve... adquirirían una resignificación, una nueva dimensión que, definitivamente, trastocó no pocas dimensiones y procesos de la traducción literaria de *Le Bout du monde existe ailleurs* (*El Fin del Mundo existe en otro lado*, el proyecto que me llevó a aquellos lares). Evocar la nieve en México no es lo mismo que sentirla estrellarse en tu rostro en Quebec. Y, no obstante, al final, fue eso, ¡pura calidez!

No puedo sino quedar muy agradecido con Dominique Decorme, con Catherine Ego y con Juliette Berton por haber contribuido a que esta residencia haya sido posible, pero, sobre todo, muy grata.

Y aunque, a diferencia de Aureliano Buendía, yo no estuve frente a ningún pelotón de fusilamiento, si García Márquez me lo permite, siempre recordaré mi residencia de traducción en le Vieux-Québec como la primera vez que la literatura de Hélène Rioux me llevó a enrojecerme como nunca el rostro, a quemarme las yemas de los dedos, a que me calara hasta los huesos... a arribar a ese histórico lugar directito de la Gran Tenochtitlán y de Montreal para algo más que conocer el hielo.